

La máquina diferencial

William Gibson
Bruce Sterling

Traducción:
Carlos Lacasa Martín



Primera iteración

El ángel de Goliat

Imagen compuesta, codificada ópticamente por el aparato de escolta de la nave área transcanal Lord Brunel: vista aérea de los suburbios de Cherburgo, 14 de octubre de 1905.

Una hacienda, un jardín, un balcón.

Borra las curvas de hierro colado del balcón y quedan expuestas una silla de baño y su ocupante. Los destellos del sol poniente se reflejan en el níquel que compone los radios de las ruedas de la silla.

La ocupante, propietaria de la hacienda, descansa las manos artríticas sobre una manta elaborada en un telar Jacquard.

Esas manos constan de tendones, tejido conjuntivo, hueso. Mediante el quedo proceso del tiempo y la información, las hebras que anidan en el interior de las células humanas se han entretejido hasta formar una mujer.

Su nombre es Sybil Gerard.

Bajo ella, en un jardín formal pero descuidado, unas enredaderas peladas se enroscan por los enrejados de madera y los muros encalados. Desde las ventanas abiertas de su sala de recuperación, una brisa cálida le mece el pelo blanco y suelto de la nuca, y con ella trae los olores del humo de carbón, el jazmín y el opio.

La atención de la mujer está fija en el cielo, en una silueta de vasta e irresistible elegancia: un metal que a lo largo de su vida ha aprendido a volar. Como avance de esta magnificencia, unos diminutos y estridentes aeroplanos no tripulados se recortan contra el horizonte rojizo.

Como estorninos, piensa Sybil.

Las luces de la nave aérea, sus ventanas cuadradas y doradas, insinúan la calidez humana. Sin esfuerzo, con la incomparable gracia de la función orgánica, imagina allí una música lejana, la música de Londres: el salón de los pasajeros, donde estos beben, donde flirtean, donde acaso bailan.

Los pensamientos llegan desatados, la mente teje sus perspectivas y ensambla significados a partir de emoción y memoria.

Recuerda su vida en Londres. Se recuerda a sí misma, hace tanto tiempo, recorriendo el Strand, abriéndose paso como puede a través del gentío en

Temple Bar. Se esfuerza y la ciudad de la memoria se enrosca a su alrededor hasta que, junto a las murallas de Newgate, cae la sombra del ahorcamiento de su padre...

Y la memoria gira, reflejada con la rapidez de la luz, y toma otro derrotero, uno donde siempre es de noche.

Es el 15 de enero de 1855.

Una habitación en el hotel Grand's, en Piccadilly.

Una de las sillas estaba echada hacia atrás, colocada con precisión bajo el picaporte de cristal tallado de la puerta. Otra seguía cubierta de ropa: un abrigo corto de mujer con flecos, una falda de estameña gruesa cubierta de barro, unos pantalones de hombre a cuadros y un abrigo recortado.

Dos formas yacían bajo las sábanas de la cama con dosel de arco laminado; fuera, atrapado en el puño de hierro del invierno, el Big Ben anunciaba las diez en punto con tonantes y ásperos sonidos de Calíope, el ígneo aliento de carbón de Londres.

Sybil deslizó los pies sobre el lienzo gélido, hacia el calor de la botella de cerámica en su envoltorio de franela. Los dedos de sus pies rozaron la espinilla de él. El toque pareció sacarlo de una profunda meditación. Así era aquel dandi Mick Radley.

Lo había conocido en la academia de baile de Laurent, en Windmill Street. Ahora que sabía cómo era, le parecía más propio de Kellner, en Leicester Square, o incluso de Portland Rooms. Siempre estaba pensando, maquinando, rumiando algo en la cabeza. Era listo, muy listo. Aquello preocupaba a Sybil. Y la señora Winterhalter no lo hubiera aprobado, ya que el manejo de los «caballeros políticos» requería delicadeza y discreción, cualidades que la propia señora Winterhalter consideraba poseer en grado sumo, exactamente lo contrario que sus chicas.

—Deja el putaísmo, Sybil —dijo Mick. Uno de sus pronunciamientos. Su ingeniosa mente había llegado a alguna conclusión.

Sybil le sonrió con la cara medio oculta por el cálido borde de la manta. Sabía que a él le gustaba su sonrisa. Su sonrisa de chica traviesa. No lo diría en serio. Decidió bromear con ello.

—Pero si no fuera una mujerzuela traviesa, ¿estaría acaso aquí contigo?

—Basta de juegos, capulina.

—Sabes que solo voy con caballeros.

Mick sorbió por la nariz, entretenido.

—Entonces, ¿me estás llamando caballero?

—Y un caballero de relumbrón —respondió Sybil para adularlo—. Uno de los más selectos. Ya sabes que no me interesan los lores radicales. Los desprecio, Mick.

Sybil sintió un escalofrío, pero no por preocupación, ya que había tenido bastante suerte: filete con patatas, chocolate caliente, cama con sábanas limpias en

un hotel elegante. Un resplandeciente y nuevo hotel con calefacción central de vapor, aunque de buena gana hubiera cambiado los constantes gorgoteos y golpes del radiador dorado enroscado por el fulgor de un hogar bien alimentado.

Y además tenía que admitir que aquel Mick Radley era un tipo bien parecido. Vestía con elegancia, tenía dinero y era generoso con él, y todavía estaba por solicitar algún servicio peculiar o bestial. Sabía que aquello no duraría, pues Mick era un caballero de visita procedente de Manchester y no tardaría en marcharse. Pero todavía podía sacarle bastante, y quizá un poco más cuando la dejara, si lo hacía sentir mal por el abandono.

Mick se reclinó sobre las gruesas almohadas de plumas y deslizó sus dedos con manicura por detrás del pelo engominado y rizado. Una camisa de noche cuajada de encajes por todo el pecho: solo lo mejor para Mick. Parecía tener ganas de hablar. Los hombres no solían tardar en hacerlo después de un tiempo, en especial acerca de sus esposas.

Pero el dandi Mick siempre hablaba de política.

—¿Entonces odias a sus señorías, Sybil?

—¿Y por qué no? —respondió ella—. Tengo mis razones.

—Eso parece —dijo él lentamente, y la mirada de fría superioridad que le lanzó entonces provocó en Sybil un escalofrío.

—¿A qué te refieres con eso, Mick?

—A que conozco tus razones para odiar al Gobierno. Conozco tu número.

Primero la invadió la sorpresa, después el miedo. Se sentó en la cama. Su boca se vio invadida por el regusto del hierro frío.

—Llevas tu tarjeta en el bolso —dijo él—. Llevé el número a un curioso magistrado al que conozco, que me hizo el favor de pasarlo por una máquina gubernamental. Luego imprimió tu archivo de Bow Street, *ratatatá*, como si nada. —Sonrió—. Así que lo sé todo sobre ti, chica. Sé quién eres...

Ella intentó hacerse la dura.

—¿Y quién soy entonces, señor Radley?

—No eres Sybil Jones, cariño. Eres Sybil Gerard, hija de Walter Gerard, el agitador luddita.

Aquel hombre había violado su pasado oculto.

Máquinas que zumbaban en algún sitio y que escupían historias.

Mick la miraba a la cara y sonreía ante lo que allí veía. Sybil reconoció una expresión que ya había contemplado antes, en Laurent's, la primera vez que la vio en el salón atestado. Una expresión hambrienta.

La voz de Sybil temblaba.

—¿Desde cuándo sabes esas cosas sobre mí?

—Desde nuestra segunda noche. Ya sabes que viajo con el general. Como cualquier hombre importante, tiene enemigos. Como su secretario y ayudante, no me arriesgo nunca con los extraños. —Mick puso una mano diestra y cruel sobre el hombro de ella—. Podías ser el agente de alguien. Fue una cuestión profesional.

Sybil se encogió y se apartó de él.

—Espiar a una chica indefensa... —dijo al fin—. ¡Eres todo un hijo de puta, eso es lo que eres!

Pero sus feas palabras apenas parecían tener efecto en él, que era frío y despiadado como un juez, o un noble.

—Quizá espíe, chica, pero uso la maquinaria del Gobierno para mis propios y dulces propósitos. No soy un soplón de la policía que mira por encima del hombro a un revolucionario como Walter Gerard..., lo llamen como lo llamen ahora los lores radicales. Tu padre fue un héroe. —Cambió de posición en la almohada—. Mi héroe, eso era Walter Gerard. Lo vi hablar acerca de los derechos del trabajo, en Manchester. Fue maravilloso. ¡Todos vitoreamos hasta que nos dolió la garganta! Los viejos Gatos infernales... —La voz suave de Mick cobró un tono áspero y plano, con un fuerte acento de Manchester—. ¿Oíste hablar alguna vez de los Gatos infernales, Sybil, en los viejos tiempos?

—Eran una banda callejera —respondió la chica—. Matones de Manchester. Mick frunció el ceño.

—¡Éramos una hermandad! ¡Una cofradía juvenil de amigos! Tu padre nos conocía bien. Podrías decir que era nuestro político patrón.

—Preferiría que no hablara de mi padre, señor Radley.

Mick sacudió la cabeza con impaciencia.

—Cuando oí que lo habían juzgado y ahorcado —las palabras eran como hielo entre las costillas de Sybil—, los chicos y yo cogimos antorchas y palancas y nos volvimos locos. ¡Fue obra de Ned Ludd, muchacha! Hace años... —Se cogió con delicadeza el borde de la camisa de noche—. Esta no es una historia que cuente a muchos. Las máquinas del Gobierno tienen vastas memorias.

Entonces Sybil lo entendió: la generosidad de Mick y su hablar suave, las extrañas insinuaciones acerca de que la había buscado, acerca de planes secretos y una mejor fortuna, de cartas marcadas y ases escondidos. Estaba tirando de sus hilos, haciéndola suya. La hija de Walter Gerard era un bonito premio para un hombre como Mick.

Sybil salió de la cama y se dirigió sobre los tablones helados hacia sus enaguas y su camiseta.

Se concentró con rapidez y en silencio en el montón de sus ropas. El abrigo con flecos, la chaqueta, la gran jaula cimbreada de su falda de crinolina. La coraza blanca y tintineante de su corsé.

—Vuelve a la cama —le dijo Mick, perezoso—. Baja esos humos. Fuera hace mucho frío. —Sacudió la cabeza—. No es lo que te piensas, Sybil.

Ella se negó a mirarlo mientras luchaba por ponerse el corsé junto a la ventana, donde el cristal cubierto de escarcha reducía el fulgor de la luz de gas procedente de la calle. Se apretó con fuerza los lazos del corsé a la espalda con un rápido y experto giro de las muñecas.

—Y si lo es —musitó Mick mientras la observaba—, lo es solo en un pequeño grado.

Al otro lado de la calle, la ópera dejaba salir a la aristocracia, con sus capas y chisteras. Coches de caballos con el lomo cubierto por mantas repicaban y

temblaban sobre el negro adoquinado. Aún quedaban restos de limpia nieve suburbana en el resplandeciente pescante de los faetones de vapor de algunas señorías. Las prostitutas se estaban trabajando al gentío. Pobres almas desdichadas... Resultaba difícilísimo encontrar una sola cara amable entre aquellas camisas almidonadas y gemelos con diamantes, en aquella noche tan fría. Sybil se giró hacia Mick confusa, iracunda y muy, muy asustada.

—¿A quién le has hablado de mí?

—Ni a un alma —respondió Mick—, ni siquiera a mi amigo el general. Y no pienso delatarte. Nadie podrá decir jamás que Mick Radley es indiscreto. De modo que vuelve a la cama.

—No pienso hacerlo —dijo Sybil erguida, mientras se le helaban los pies sobre el suelo—. Sybil Jones podrá compartir tu cama, ¡pero la hija de Walter Gerard es una personalidad sustancial!

Mick se quedó mirándola sorprendido. Pensó que todo había terminado y se frotó el pequeño mentón. Asintió.

—En tal caso he sufrido una pérdida lamentable, señorita Gerard. —Se sentó en la cama y señaló la puerta con un gesto exagerado del brazo—. Póngase entonces la falda y las botas con tacón de bronce para hacer la calle, señorita Gerard, y salgan por esa puerta usted y su sustancia. Pero sería toda una lástima que lo hiciera. Me vendría bien una muchacha sagaz.

—De eso no me cabe la menor duda, hombre impío —dijo Sybil, pero entonces dudó. Mick tenía otra carta en la manga; ella lo notaba en su expresión.

El hombre le sonrió y entrecerró los ojos.

—¿Has estado alguna vez en París, Sybil?

—¿París? —Su aliento se hizo vaho.

—Sí, la gaja y glamorosa, siguiente destino del general cuando su gira de conferencias en Londres haya concluido. —El dandi Mick se tiró de los lazos de las mangas—. Respecto a cuáles serían las funciones que antes he mencionado, en esta sazón no diré nada. Pero el general es un hombre de profundas estratagemas. Y el Gobierno de Francia se encuentra en ciertas dificultades que requieren la ayuda de expertos... —Sonrió triunfante—. Pero veo que esto te aburre, ¿no es así?

Sybil cambió el peso de pie.

—¿Vas a llevarme a París, Mick? —dijo lentamente—. ¿Lo dices de verdad, no se trata de un engaño artero?

—Estrictamente cierto y veraz. Si no me crees, en mi abrigo puedes ver un billete para el transbordador de Dover.

Sybil se dirigió hacia el sillón de brocado que había en una esquina y cogió el abrigo largo de Mick. No podía controlar los temblores y se lo puso. Buena lana oscura. Se sentía como si estuviera envuelta en dinero caliente.

—Busca en el bolsillo frontal de la derecha —le dijo Mick—. En el tarjetero. —Sonaba contento y confiado, como si le resultara gracioso que ella desconfiara. Sybil metió las manos heladas en ambos bolsillos. Profundos, forrados de felpa...

Su mano izquierda topó con algo metálico, duro, frío. Extrajo una pequeña y desagradable pistola Avispero. Culata de marfil, un intrincado brillo de martillos de acero y cartuchos de bronce, pequeña como su mano y aun así pesada.

—No me seas traviesa —dijo Mick frunciendo el ceño—. Guarda eso, hay una chica delante.

Sybil dejó el arma en el bolsillo con cuidado pero rápidamente, como si se tratara de un cangrejo vivo. En el otro bolsillo encontró el tarjetero, que era de cuero rojo de Marruecos; dentro había tarjetas comerciales, *cartes-de-visite* con su retrato punteado por máquinas, un horario de trenes de Londres.

Y un trozo de pergamino grabado, rígido y cremoso: un pasaje de primera clase en el *Newcomen*, desde Dover.

—Pues si de verdad quieres llevarme contigo necesitarás dos billetes —dudó ella.

Mick asintió, aceptando la objeción.

—Y otro para el tren desde Cherburgo. Nada más sencillo. Abajo, en recepción, puedo poner un cable para solicitar los billetes.

Sybil volvió a temblar y se protegió mejor con el abrigo. Mick rió.

—No me pongas esa cara avinagrada. Sigues pensando como una meretriz; para ya. Empieza a pensar como una centella o no me servirás de nada. Ahora eres la chica de Mick. Ahora vuelas alto.

Ella respondió lentamente, reluctante.

—Nunca he estado con ningún hombre que supiera que soy Sybil Gerard.

Eso era mentira, por supuesto; estaba Egremont, el hombre que la había arruinado. Charles Egremont había sabido a la perfección quién era ella. Pero Egremont ya no importaba: ahora él habitaba un mundo diferente, con su respetable esposa con cara de orinal y su respetable escaño en el Parlamento.

Y Sybil no había jugado a las meretrices con Egremont. Al menos no exactamente. Era una cuestión de grado.

Pudo ver que a Mick le agradaba la mentira. Lo había adulado.

Mick abrió una pitillera reluciente, sacó un cigarro y lo encendió con la llama oleosa de una cerilla de repetición. La habitación quedó inundada por el olor dulce del tabaco rojizo.

—Así que ahora, conmigo, te sientes un poco cortada, ¿no? —dijo él al fin—. Bien está, así lo prefiero. Esto que sé me da un poco más de poder sobre ti, ¿no crees?, que el mero metal. —Sus ojos se entrecerraron—. Lo que cuenta es lo que se sabe, ¿no es así, Sybil? Más que la tierra o el dinero, más que la cuna. Información. Eso es lo que importa.

Sybil sintió un acceso de odio hacia él por su tranquilidad y su confianza. La invadió un resentimiento puro, afilado y primario, pero la chica aplastó estos sentimientos. El aborrecimiento flaqueó y perdió su pureza hasta convertirse en vergüenza. Lo odiaba, sí, pero solo porque la conocía de verdad. Sabía hasta qué punto había caído Sybil Gerard, que en el pasado había sido una chica bien educada, con aires y elegancia, tan buena como cualquier muchacha de la aristocracia.

De los días de fama de su padre, de su niñez, Sybil podía recordar a Mick Radley. Sabía la clase de muchacho que había sido. Chicos andrajosos de las fábricas, de a penique la docena, que se congregaban alrededor de su padre cuando acababa sus discursos a la luz de las velas y hacían lo que él les ordenaba: arrancar vías del tren, abrir los tapones de las calderas de las máquinas hiladoras, poner a sus pies cascos de policía. Ella y su padre habían huido de una ciudad a otra, a menudo de noche, y habían vivido en sótanos, áticos, cuartos anónimos de alquiler; se habían ocultado de la policía radical y de las dagas de otros conspiradores. Y en ocasiones, cuando sus propios discursos inflamados lo inundaban de exultación, su padre la abrazaba y le prometía el mundo con seriedad. Ella viviría como la aristocracia en una Inglaterra verde y tranquila, cuando el rey Vapor fuera derribado. Cuando Byron y sus radicales industriales fueran completamente destruidos.

Pero una cuerda de cáñamo había acallado a su padre para siempre. Los radicales gobernaban sin pausa, de triunfo en triunfo, y jugaban con el mundo como con una baraja de naipes. Y ahora Mick Radley estaba en lo alto del mundo, y Sybil Gerard en lo más bajo.

Ella permaneció así en silencio, envuelta en el abrigo de Mike. París... La promesa del viaje resultaba tentadora, y cuando al fin se permitió creer que era cierto le pareció sentir un latigazo similar a un relámpago. Pensó en lo que representaría dejar su vida en Londres. Sabía que era una existencia mala, indigna y sórdida, aunque no totalmente desesperada. A pesar de todo tenía cosas que perder. Su habitación de alquiler en Whitechapel y su querido gato Toby. Estaba la señora Winterhalter, que arreglaba los encuentros entre las chicas alegres y los caballeros políticos. La señora Winterhalter era una alcahueta, pero tenía el temple de una dama, y no resultaba fácil encontrar mujeres como ella. Y también perdería a sus dos caballeros asiduos, los señores Chadwick y Kingsley, a los que veía dos veces al mes. Eran dinero constante que la mantenía alejada de la calle. Pero Chadwick tenía una esposa celosa en Fulham, y en un momento de ofuscación Sybil había robado los mejores gemelos de Kingsley. Era consciente de que él albergaba sospechas.

Además, ninguno de estos dos hombres era la mitad de generoso con su dinero que el dandi Mick.

Se obligó a sonreírle con la mayor dulzura posible.

—Eres extraño, Mick Radley. Sabes de qué hilos tirar. Quizás al principio estuviera contrariada contigo, pero no soy tan cebollina como para no reconocer a un caballero especial cuando lo veo.

Mick lanzó una bocanada de humo.

—Eres pero que muy lista —dijo admirado—. Sabes ser zalamera como un ángel. Pero no me engañas, así que no tienes por qué engañarte a ti misma. De todos modos, eres exactamente la chica que necesito. Vuelve a la cama.

Ella hizo lo que le pedía.

—Por Júpiter, tus benditos pies parecen bloques de hielo. ¿Por qué no llevas unas pantuflas? —Tiró del corsé con decisión—. Pantuflas y unas medias de seda

negra —dijo—. Las chicas estáis espectaculares en la cama con medias de seda negra.

Desde el otro lado del mostrador de cristal, uno de los tenderos de Aaron's, alto y orgulloso con su limpio guardapolvos negro y sus botas relucientes, miró con frialdad a Sybil. Él sabía que sucedía algo, podía olérselo. Sybil esperó a que Mick pagara con las manos recatadamente cogidas por delante de la falda, aunque no dejaba de observar con discreción desde debajo del borde azul de su gorra. Bajo la falda, enredado en el armazón de crinolina, se hallaba el chal que había afanado mientras Radley se probaba chisteras.

Sybil había aprendido a hurtar cosas, y lo había aprendido sola. Lo importante era tener los nervios templados: ese era el secreto. Hacía falta arrojo. Nada de mirar a izquierda y derecha, simplemente coger, levantar la falda y esconder la mercancía. Después había que enderezarse y poner expresión beatífica, como una joven de la aristocracia.

El encargado había perdido el interés en ella y observaba a un hombre grueso que miraba tirantes forrados de seda. Sybil revisó rápidamente su falda: no había bultos delatores.

Un joven dependiente de rostro pecoso, con los pulgares manchados de tinta, introdujo el número de Mick en una máquina de crédito de sobremesa. Zap, clic, una actuación de la palanca con mango de ébano y ya estaba. Entregó a Mick su recibo de compra impreso; luego envolvió el paquete con un papel verde y chillón y lo ató con cordel.

Aaron & Son nunca echaría de menos un chal de cachemira. Quizá sí lo hicieran sus máquinas de contabilidad al cuadrar balances, pero la pérdida no les haría mucho daño; su palacio de las compras era demasiado grande, demasiado rico para ello. Todas aquellas columnas griegas, las lámparas de cristal irlandés, el millón de espejos... Había una sala dorada tras otra, todas llenas hasta arriba de botas de montar de goma, jabón francés, bastones, paraguas, cuberterías, expositores de cristal llenos de vajillas de plata, broches de marfil y adorables cajas de música doradas. Y aquella solo era una de las doce tiendas de la cadena. No obstante todo esto, ella sabía que Aaron no era en realidad un lugar para las clases altas.

¿Pero no era Inglaterra un lugar en el que, si eras listo, podías hacer cualquier cosa con dinero? Algún día el señor Aaron, un desastrado y viejo comerciante judío de Whitechapel, sería par y tendría un faetón de vapor esperándolo en la calzada, con su propio escudo de armas en el pescante. Al Parlamento radical no le importaría que el señor Aaron no fuese cristiano. Ya le había dado el señorío a Charles Darwin, que sostenía que Adán y Eva no habían sido sino monos.

El portero, vestido con una librea afrancesada, abrió a Sybil la traqueteante puerta de bronce. Mick la acompañó con el paquete bajo el brazo y comenzaron a descender los escalones.

Salieron de Aaron's al bullicio de Whitechapel. Mientras Mick consultaba un callejero que había sacado del abrigo, ella contemplaba las letras cambiantes que

pasaban sobre el escaparate de los almacenes. Era un friso mecánico, una clase lenta de quinótrofo para los anuncios de Aaron's, construido a base de pequeños trozos de madera pintada que no dejaban de girar uno detrás del otro tras una pantalla plomada de cristal biselado. «CONVIERTA SU PIANO MANUAL EN UNA PIANOLA KASTNER», sugerían las letras cambiantes.

La línea del horizonte al oeste de Whitechapel quedaba punteada por las grúas de la construcción, sombríos esqueletos de acero pintados con minio rojo para protegerlos de la humedad. Los edificios más antiguos estaban cubiertos por andamios; lo que no estaba siendo demolido, al parecer para hacer sitio a lo nuevo, era reconstruido a su imagen. Llegaba un ruido lejano de excavación, una sensación trémula bajo el pavimento de vastas máquinas que horadaban una nueva línea subterránea.

Pero Mick giró a la izquierda sin decir una palabra y se alejó con el sombrero inclinado hacia un lado y los pantalones a cuadros visibles bajo la larga cola de su abrigo. Sybil tuvo que apresurarse para igualar su paso. Un muchacho desastrado con una placa de latón numerada barría nieve sucia en el cruce; Mick le arrojó un penique sin perder un paso y tomó la vía llamada Butcher Row.

Ella lo alcanzó y lo cogió del brazo mientras pasaban ante las carcasas rojas y blancas que colgaban de los garfios de hierro negro —ternera, mutón y buey— y ante hombres gruesos protegidos por mandiles ensangrentados que pregonaban sus mercancías. Las mujeres londinenses se congregaban allí a decenas, con la cesta de mimbre en el brazo. Sirvientas, cocineras, esposas respetables con sus maridos en casa. Un carnicero de rostro rubicundo y ojos entrecerrados puso delante de Sybil dos puñados de carne azul.

—¡Hola, hermosa señorita! ¡Haga con estos estupendos riñones un pastel a su caballero!

Sybil lo esquivó agachando la cabeza y lo rodeó.

La acera estaba atestada de carretillas estacionadas, junto a las que sus dueños, cuyos abrigos de pana estaban decorados con botones de bronce o perla, vociferaban a su vez. Todos ellos tenían su placa numerada, aunque Mick aseguraba que al menos la mitad eran falsas, tan falsas como los pesos y medidas de los mercaderes. Había mantas y cestos desplegados sobre cuadros claramente marcados con tiza sobre el pavimento, y Mick le explicó los métodos de aquella gente para colar la fruta podrida, o para ocultar las anguilas muertas entre las vivas. Ella sonreía ante el placer que él parecía experimentar al conocer aquellos asuntos, mientras los mercachifles seguían alabando sus escobas, jabones y cirios. Un organista de ceño fruncido daba vueltas con las dos manos a la palanca de su máquina sinfónica, con la que inundaba las calles de una rápida y alegre andanada de campanas, pianos y acero.

Mick se detuvo junto a una mesa de borriquetes de madera atendida por una viuda de mirada ceñuda y vestido de alepín, y cuyos finos labios sostenían una pipa de arcilla. Ante ella había numerosos viales de una sustancia de aspecto repugnante que Sybil tomó por una medicina patentada, ya que cada uno llevaba pegada una etiqueta de papel azul con la imagen borrosa de un indio salvaje.

—¿Y qué es esto, madre? —inquirió Mick mientras daba unos golpecitos con un dedo enguantado a un corcho con lacre rojo.

—Aceite de roca, señor —dijo ella renunciando a la boquilla de la pipa—. Lo que muchos llaman alquitrán de Barbados. —Su acento arrastrado hacía daño al oído, pero Sybil sintió una punzada de misericordia. Cuán lejos no estaría aquella mujer del lejanísimo lugar que una vez había considerado su hogar...

—¿De veras? —preguntó Mick—. ¿Seguro que no es texano?

—«Saludable bálsamo de la secreta fuente natural, restaura cuerpo y vida y libra de todo mal» —respondió la viuda. Recogido por el salvaje Séneca en las aguas del gran Oil Creek de Pensilvania, señor. Tres peniques el frasco, panacea garantizada. —La mujer observaba ahora a Mick con expresión curiosa; sus ojos pálidos se afianzaron tras su nido de arrugas, como si recordara el rostro del caballero. Sybil sintió un escalofrío.

—Tenga muy buenos días, madre —dijo Mick con una sonrisa que, en cierto modo, recordó a Sybil a un detective antívicio al que conocía, un hombrecillo pelirrojo que se encargaba de Leicester Square y Soho; las chicas le decían «Tejón».

—¿Qué era eso? —preguntó mientras lo cogía del brazo al marcharse—. ¿Qué es lo que vende?

—Aceite de roca —respondió él, y Sybil atisbó la mirada afilada que dirigía hacia la encorvada figura de negro—. El general me ha dicho que sale gorgoteando del suelo, en Texas...

Sybil sentía curiosidad.

—¿Y de verdad es una panacea?

—Olvídalo —respondió él—. Y aquí se acabó la cháchara. —Estaba mirando hacia el fondo de la calle con ojos encendidos—. Veo uno, y ya sabes qué hacer.

Sybil asintió y se abrió paso a través del gentío hacia el hombre al que Mick había visto. Era un vendedor de balatas, delgado y con hoyuelos en los carrillos, el pelo largo y grasiento oculto bajo un sombrero alto forrado con un brillante tejido estampado de puntos. Tenía los brazos doblados, las manos entrelazadas como si estuviera rezando, las mangas de la chaqueta arrugada llenas de largas partituras.

—«Ferrocarril hacia el cielo», damas y caballeros —cantó el vendedor de balatas, un veterano farfallón—. «Raíces de la divina verdad, tendidos en la Roca de la Edad; atados con cadenas de mi amor, firmes cual trono de Dios mi Señor». Una hermosa tonada por solo dos peniques, señorita.

—¿Tienes «El cuervo de San Jacinto»? —preguntó Sybil.

—Puedo conseguirla, puedo conseguirla —dijo el vendedor—. ¿Y de qué trata?

—Es acerca de la gran batalla en Texas, el gran general...

El vendedor de balatas arqueó las cejas. Sus ojos eran azules y extraordinariamente brillantes, ansiosos quizá de religión, quizá de ginebra.

—Entonces, ¿es uno de sus generales de Crimea, un franchute, este señor Jacinto?

—No, no —respondió Sybil mientras le lanzaba una sonrisa de conmiseración—. El general Houston, Sam Houston de Texas. Quiero esa canción en particular.

—Compararé mis publicaciones esta misma tarde y buscaré sin duda su canción, señorita.

—Querría al menos cinco copias, para mis amigos —dijo Sybil.

—Por diez peniques obtiene seis.

—Seis, pues, y esta tarde, en este mismo sitio.

—Como usted diga, señorita. —El vendedor se tocó el ala del sombrero.

Sybil se alejó entre la multitud. Lo había hecho. No era tan malo. Sintió que podía acostumbrarse a ello. Y quizá fuera una buena canción, una que la gente disfrutara una vez el baladista se viera obligado a vender las copias.

Mick apareció de repente junto a ella.

—No está mal —concedió mientras buscaba en el bolsillo de su abrigo y, como por arte de magia, extraía una tartaleta de manzana aún caliente y colmada de azúcar, envuelta en un papel grasiento.

—Gracias —dijo ella sorprendida pero contenta, ya que había estado pensando en detenerse, ocultarse y sacar el chal robado. Pero los ojos de Mick habían estado clavados en ella en todo momento. Sybil no lo había visto, pero la había estado observando. Así era él. No volvería a olvidarlo.

Caminaron ora juntos, ora separados, por todo Somerset, y después a través del vasto mercado de Petticoat Lane, iluminado a medida que la noche caía con una hueste de luces, un fulgor de capas de gas, el blanco resplandor del carburo, las sucias lámparas grasientas, las gotas de sebo que centellaban entre los comestibles expuestos en los comercios. El ruido resultaba allí ensordecedor, pero Sybil deleitó a Mick engañando a otros tres vendedores de balatas.

En un enorme y brillante palacio de la ginebra de Whitechapel, con resplandecientes papeles dorados en las paredes y una iluminación a base de bujías de gas, Sybil se disculpó y se dirigió hacia el excusado femenino. Allí, a salvo dentro de una cabina hedionda, sacó el chal. Era muy suave y de un adorable color violeta, uno de esos nuevos y extraños tintes que la gente lista obtenía del carbón. Lo plegó cuidadosamente y se lo metió en la parte superior del corsé, de modo que estuviera a salvo. Después salió para reunirse con su guardián, al que encontró sentado a una mesa. Mick le había pedido un vasito de ginebra a la miel. Se sentó a su lado.

—Lo has hecho bien, chica —dijo él mientras le acercaba el vaso de cristal. El lugar estaba lleno de soldados de Crimea de permiso, de irlandeses con sus prostitutas colgadas del brazo, cada vez con la nariz más colorada a causa de la ginebra. No había camareras, sino enormes camareros de aspecto hosco y rocoso con mandiles blancos. Debajo de la barra guardaban recias porras para disolver algaradas.

—La ginebra es una bebida de putas, Mick.

—A todo el mundo le gusta —dijo él—. Y tú no eres una puta, Sybil.

—Meretriz, capulina... —Lo miró con aspereza—. ¿Qué más me llamabas antes?

—Ahora estás con dandi Mick —respondió él y se recostó sobre la silla, al tiempo que se metía los pulgares por el agujero para las mangas del chaleco—. Eres una aventurera.

—¿Una aventurera?

—Eso es. —Se enderezó—. Y esto es en tu honor. —Bebió su vaso de ginebra, se lo pasó por la lengua con mirada desdichada y tragó—. No te preocupes, querida. O lo han rebajado con aguarrás o soy judío. —Se incorporó.

Salieron del local. Ella se colgó de su brazo en un intento por frenar su paso.

—«Aventurero». ¿Eso es entonces usted, señor Mick Radley?

—Eso soy, Sybil —respondió él en voz baja—, y tú vas a ser mi aprendiz. Así que haz cuanto te diga con un apropiado espíritu humilde, aprende los trucos del oficio y quizás algún día entrarás en el sindicato, ¿eh? En el gremio.

—Como mi padre, ¿no? ¿Te gusta jugar a eso, Mick? ¿Quién era él, quién soy yo?

—No —respondió Mick con tono neutro—. Él estaba pasado de moda, ya no es nadie.

Sybil mostró una sonrisa ladeada.

—¿Y a las chicas traviesas nos dejan entrar en ese gremio tuyo tan elegante, Mick?

—Es un gremio del saber —dijo él con sobriedad—. Los jefes, los peces gordos, nos pueden arrebatar toda clase de cosas con sus malditas leyes, sus fábricas, sus tribunales y sus bancos. Pueden rehacer el mundo a su placer, pueden arrebatarle tu hogar, tu familia, incluso el trabajo que haces. —Se encogió de hombros enfadado, provocando arrugas en el grueso paño de su abrigo—. E incluso roban la virtud de la hija de un héroe, si se me permite el atrevimiento. —Apretó la mano de ella contra su manga con fuerza—. Pero nunca pueden arrebatarle lo que sabes, ¿no es así, Sybil? Nunca pueden arrebatarle eso.

Sybil oyó los pasos de Hetty en el pasillo que conducía a su cuarto, y el sonido de las llaves en la puerta. Apagó el organillo con un zumbido agudo.

Hetty se quitó la boina de lana cubierta de copos de nieve y se deshizo de su capa azul marino. Era otra de las chicas de la señora Winterhalter, una morena bronceada y de huesos grandes que bebía demasiado, pero que siempre era dulce a su modo y siempre trataba bien a Toby.

Sybil plegó la manivela con mango de porcelana y bajó la tapa mellada del barato instrumento.

—Estaba ensayando. La señora Winterhalter quiere que cante el jueves.

—Ya está fastidiando esa puta vieja —dijo Hetty—. ¿No es tu noche con el señor C.? ¿O es con el señor K.? —Hetty puso los pies bajo el pequeño y estrecho hogar para calentárselos antes de reparar, a la luz de la lámpara, en las cajas de zapatos y sombreros de Aaron & Son—. Diantres —dijo y sonrió con una mueca teñida de envidia—. Nuevo pretendiente, ¿no es así? ¡Qué afortunada eres, Sybil Jones!

—Puede ser. —Sybil bebió su licor caliente al limón y echó hacia atrás la cabeza para relajar la garganta.

Hetty parpadeó.

—Winterhalter no sabe nada de este, ¿eh?

Sybil negó con la cabeza y sonrió. Hetty no diría nada.

—¿Sabes algo acerca de Texas, Hetty?

—Es un país de América —dijo su compañera sin dudar—. Pertenece a Francia, ¿no?

—Ese es México. ¿Te gustaría ir a un espectáculo de quinótopo, Hetty? El anterior presidente de Texas da una conferencia. Tengo entradas gratuitas.

—¿Cuándo?

—El sábado.

—Tengo baile —dijo Hetty—. Quizá Mandy quiera ir. —Se sopló los dedos para calentarlos—. Esta noche, más tarde, viene un amigo mío. No te importa, ¿no?

—No —respondió Sybil. La señora Winterhalter observaba reglas estrictas que no permitían a ninguna chica tener hombres en su habitación. Era una norma que Hetty ignoraba a menudo, como si retara al casero a que la denunciara. Pero la señora Winterhalter pagaba el alquiler directamente al casero, el señor Cairns, y Sybil muy raramente llegaba a hablar con él, y mucho menos con su hosca esposa, una mujer de gruesos tobillos a la que le encantaban los sombreros más espantosos. Cairns y su mujer nunca habían informado en contra de Hetty, aunque Sybil no estaba muy segura del motivo, ya que la habitación de su compañera estaba pegada a la de ellos, y cuando Hetty se traía compañía masculina no se cortaba ni un pelo: diplomáticos extranjeros en su mayoría, hombres de acentos extraños y, a juzgar por los ruidos, hábitos bestiales.

—Tú sigue cantando si quieres —dijo Hetty mientras se arrodillaba sobre el fuego ceniciento—. Tienes buena voz. No debes dejar que tus dones se echen a perder. —Temblorosa, comenzó a alimentar el fuego carbón a carbón. Entonces, un frío atroz pareció entrar en la habitación a través del marco fisurado de una de las ventanas, y durante un extraño momento pasajero Sybil sintió una nítida presencia en el aire y tuvo la clara impresión de estar siendo observada por unos ojos que se clavaban en ella desde otro mundo. Pensó en su padre muerto. «Aprende la voz, Sybil. Aprende a hablar. Es cuanto tenemos para combatirlos», le había dicho. Aquello sucedió en los días anteriores a su arresto, cuando estaba claro que los radicales habían vuelto a ganar; claro para todo el mundo, salvo quizá para Walter Gerard. Ella había visto entonces, con desoladora claridad, la terrible magnitud de la derrota de su padre. Sus ideales se perderían; no serían simplemente apartados, sino que quedarían irrevocablemente expurgados de la historia para ser aplastados una y otra vez, como la carcasa de un perro callejero bajo las ruedas traqueteantes de un tren expreso. «Aprende a hablar. Es cuanto tenemos...».

—¿Me lees? —preguntó Hetty—. Voy a hacer té.

—Muy bien.

En su irregular y dispersa vida con Hetty, la lectura en voz alta era uno de los pequeños rituales que conformaban lo que pasaba por estado hogareño. Sybil tomó el *Illustrated London News* del día, que descansaba sobre la mesilla, se sentó en su ruidoso sillón con olor a humedad, se echó la crinolina por encima y

entrecerró los ojos para mejor leer un artículo de la primera página. Trataba sobre los dinosaurios.

Parecía que los radicales estaban locos con aquellos dinosaurios. Se veía una calcografía de un grupo de siete hombres dirigido por lord Darwin. Todos miraban atentamente un objeto indeterminado grabado en una lámina de carbón, en Turingia. Sybil leyó en alto el titular y le mostró la imagen a Hetty. Un hueso. Aquello que había en el carbón era un hueso monstruoso, tan grande como un hombre. Sintió un escalofrío. Al girar la página se encontró con la interpretación de un dibujante acerca de cómo habría sido la criatura en vida, una monstruosidad con dos hileras de terribles y afilados dientes triangulares a lo largo del espinazo. Parecía tener el tamaño de un elefante, aunque la pequeña y perversa cabeza apenas era mayor que la de un sabueso.

Hetty sirvió el té.

—Así que «Los reptiles dominaron toda la Tierra», ¿no? —citó mientras enhebraba su aguja—. No me trago ni una palabra.

—¿Por qué no?

—Son los huesos de unos malditos gigantes salidos del Génesis. Eso es lo que dice el clero, ¿no?

Sybil no respondió. Ninguna de las dos suposiciones le parecía la más fantástica. Volvió la atención hacia un segundo artículo, esta vez uno que alababa la artillería de su majestad en Crimea. Encontró una calcografía de dos atractivos subalternos que admiraban el funcionamiento de una pieza de largo alcance. El arma, cuyo cañón era grueso como la chimenea de una fundición, parecía capaz de acabar sin muchos problemas con todos los dinosaurios de lord Darwin. Sin embargo, la atención de Sybil quedó capturada por una imagen insertada de la máquina de artillería. La intrincada red de mecanismos interconectados poseía una rara belleza, como si fuera una especie de papel pintado de patrón fabulosamente barroco.

—¿Tienes algo que remendar? —preguntó Hetty.

—No, gracias.

—Entonces lee algunos anuncios —aconsejó Hetty—. Odio esas historias de la guerra.

Allí estaba la porcelana Haviland, de Limoges, Francia; Vin Mariani, el tónico francés, con un testimonio de Alexandre Dumas y diversas firmas en el libro de visitas, retratos y autógrafos de famosos que habían visitado las instalaciones en Oxford Street; la cera de silicona Silver Electro, que nunca se raya ni se desgasta, al contrario que las demás; la nueva bicicleta Bell New Departure, con un tono exclusivo; el Agua de Litio del doctor Bayley, que cura la enfermedad de Bright y previene la gota; la máquina de vapor de bolsillo para faetones Regent, que podía emplearse en las tricotadoras domésticas. Aquel último anuncio llamó la atención de Sybil, pero no por la promesa de duplicar la antigua velocidad de la máquina al coste de medio penique por hora.

Se veía una calcografía de la pequeña caldera elegantemente decorada, alimentada con gas o parafina. Charles Egremont le había comprado una de esas a su esposa. Venía equipada con un tubo de goma para evacuar el vapor residual, tubo

que había que pillar con alguna ventana de guillotina conveniente. A Sybil le había encantado escuchar que el armatoste había convertido el salón de la señora en un baño turco.

Cuando acabó con el periódico, Sybil se fue a la cama. Fue despertada alrededor de la medianoche por el rechinar rítmico y demencial de los muelles de la cama de Hetty.

El teatro Garrick era oscuro, polvoriento y frío en el foso, los palcos y la platea, con sus hileras de butacas destartadas. Pero la oscuridad resultaba total bajo el escenario, donde se encontraba Mick Radley. Allí olía a humedad y cal.

La voz de Mick resonó desde debajo de los pies de ella.

—¿Alguna vez habías visto las entrañas de un quinótro, Sybil?

—Una vez vi uno, detrás de un escenario —respondió—. En un musical, en Bethnal Green. Conocía al tipo que lo operaba, todo un chasqueador.

—¿Novio? —preguntó Mick. El eco de su voz resultaba áspero.

—No —respondió rápidamente Sybil—. Cantaba un poco..., pero no me compensaba económicamente.

Ella escuchó el claro chasquido de la cerilla de repetición de él. La llama se encendió al tercer intento, y con ella Mick prendió un trozo de cirio.

—Baja —le ordenó—. No te quedes ahí como un ganso, enseñando los tobillos.

Sybil se subió la crinolina con ambas manos y descendió con paso inseguro la escalera húmeda y empinada.

Mick se estiró para tantear detrás de un alto espejo de escenario, una gran lámina de cristal resplandeciente y plateado montada sobre un pedestal con ruedas, mecanismos grasientos y gastadas manivelas de madera. Recuperó una endeble bolsa de viaje de lienzo impermeable negro, la colocó cuidadosamente en el suelo frente a él y se agachó para abrir los débiles cierres metálicos. Del interior extrajo un paquete de tarjetas perforadas envueltas con una cinta de papel rojo. Sybil vio otros paquetes cerrados, y algo más: el brillo de la madera pulimentada.

Mick manejaba las tarjetas con sumo cuidado, como si fueran una Biblia.

—A salvo —dijo—. Solo tienes que disimularlas, ¿lo ves? Escribes algo estúpido en el envoltorio, como «Conferencia sobre la templanza, partes uno, dos y tres», y nadie se preocupa en robarlas, ni siquiera en cargar con ellas para echarles un vistazo más tarde. —Cogió el grueso paquete y acarició el borde con el pulgar. Produjo un sonido áspero y nítido, como el de la baraja nueva de un tahúr—. He invertido bastante capital en estas —dijo—. Semanas de trabajo de las mejores manos de quino de Manchester. Podría añadir que el diseño es exclusivamente mío. Es una maravilla, chica. Bastante artístico, a su modo. Pronto lo verás.

Cerró la bolsa y se incorporó. Metió con cuidado el paquete de tarjetas en el bolsillo de su abrigo y se inclinó sobre una caja, de la que extrajo un grueso tubo de cristal. Sopló para limpiar el polvo y después atrapó un extremo con unas tenazas especiales. El cristal se quebró con el sonido del aire al liberarse: en el tubo

había un bloque fresco de calcio. Mick lo extrajo mientras tataba para sí. Puso el calcio con cuidado en la ranura del quemador, un gran artefacto en forma de plato fabricado en hierro hollinoso y chapa reluciente. Después abrió una espita, olfateó un poco, asintió, abrió una segunda espita y aplicó el cirio.

Sybil gritó cuando la cegó un terrible resplandor. Mick rió entre dientes sobre el siseo del gas ardiente. Unos puntos azules flotaban deslumbrantes ante ella.

—Así mejor —señaló Mick. Apuntó cuidadosamente la cegadora luz de calcio hacia el espejo de escena y después empezó a ajustar las manivelas.

Sybil miró a su alrededor mientras parpadeaba. Las entrañas del escenario Garrick eran húmedas y estaban atestadas de materiales y ratas. Era la clase de lugar en la que un perro o un mendigo podrían morir, rodeados por páginas amarilleadas de farsas brillantes como *Jack el zascandil* y *Perillanes de Londres*. En una esquina se veía un par de innombrables de señora. Por sus breves e infelices días como cantante, Sybil se podía hacer una idea de cómo habían llegado allí.

Dejó que su mirada siguiera las tuberías de vapor y los cables tensos hasta el brillo de la máquina de Babbage, una pequeña, un modelo de quinótopo no mayor que la propia Sybil. Al contrario que todo lo demás en el Garrick, la máquina parecía encontrarse en muy buen estado y estaba montada sobre cuatro bloques de caoba. El suelo y el techo debajo y encima de ella habían sido cuidadosamente limpiados y encalados. Las calculadoras de vapor eran mecanismos delicados y temperamentales, o eso había oído; era mejor no tenerlas que tener que soportarlas. Bajo el fulgor de la luz de calcio de Mick resplandecían decenas de columnas perilladas de bronce, que terminaban por arriba y por abajo en aberturas practicadas en placas pulimentadas, con manivelas brillantes, engranajes y miles de ruedas dentadas de acero cuidadosamente fresadas. Olía a aceite de linaza.

Mirar el artefacto desde tan cerca y durante tanto tiempo hizo que Sybil se sintiera bastante rara. Casi ansiosa, o envidiosa de un modo extraño; como podría sentirse ante... un buen caballo, por ejemplo. Quería... no ser su dueña, exactamente, pero sí poseerla de algún modo.

Mick la tomó de repente por el codo, desde atrás. Ella dio un respingo.

—Es una preciosidad, ¿a que sí?

—Sí, es una... preciosidad.

Mick seguía sujetándola del brazo. Lentamente le puso la otra mano enguantada en la mejilla, por dentro de la boina. Después le levantó el mentón con el pulgar y la miró directamente.

—Te hace sentir algo, ¿a que sí?

El tono extasiado la asustó. Los ojos de él resplandecían.

—Sí, Mick —dijo ella obediente y al instante—. Siento... algo.

Él le soltó la boina, que quedó colgando del cuello.

—No te asustará, ¿no, Sybil? No con el dandi Mick aquí, para protegerte. Sientes un leve *frisson* especial. Aprenderás a apreciar esa sensación. Haremos de ti una chasqueadora.

—¿De verdad puedo hacer eso? ¿Puede una chica?

Mick rió.

—¿Es que nunca has oído hablar de lady Ada Byron? ¡La hija del primer ministro, la mismísima reina de las máquinas! —La soltó y extendió ambos brazos en un gesto teatral que le abrió el abrigo—. ¡Ada Byron, verdadera amiga y discípula del mismísimo Babbage! ¡Lord Charles Babbage, padre de la máquina diferencial y Newton de nuestra edad moderna!

Ella quedó boquiabierta.

—¡Pero si Ada Byron es dama!

—Te sorprendería saber a quién conoce nuestra lady Ada —declaró Mick mientras extraía un paquete de tarjetas del bolsillo y retiraba el envoltorio de papel—. Oh, no para tomar el té junto al pelotón de los diamantes en las fiestas de jardín... Pero Ada es lo que podría considerarse rápida, a su matemático modo. —Se detuvo unos instantes—. No quiero decir que Ada sea la mejor, ¿sabes? Conozco chasqueadores en la Sociedad Intelectual de Vapor que harían que incluso lady Ada pareciese una retrasada. Pero tiene... genio. ¿Sabes lo que eso significa, Sybil, tener genio?

—¿Qué? —respondió Sybil, que detestaba la mareante seguridad que destilaba la voz del hombre.

—¿Sabes cómo nació la geometría analítica? Gracias a un tipo llamado Descartes que miraba una mosca en el techo. Un millón de tipos antes que él habrían visto moscas en el techo, pero aquello sirvió a René Descartes para crear una ciencia. Ahora los ingenieros emplean a diario sus descubrimientos, pero de no ser por él seguiríamos ciegos.

—¿A quién le importan las moscas? —demandó Sybil.

—Una vez, Ada tuvo una inspiración que estaba a la altura del descubrimiento de Descartes. Todavía nadie le ha encontrado uso. Es lo que llaman matemática pura. —Mick rió—. «Pura». ¿Sabes lo que eso significa, Sybil? Significa que no son capaces de ponerla en marcha. —Se frotó las manos y sonrió—. Nadie consigue ponerla en marcha.

El solaz de Mick la estaba poniendo de los nervios.

—¡Creía que odiabas a los pares!

—Odio los privilegios señoriales, aquello que no se gana de forma justa y equilibrada —respondió él—. Pero lady Ada descuella con justicia por el poder de su materia gris, no por el tono azul de su sangre. —Fue colocando las tarjetas en una bandeja plateada que había en un lateral de la máquina, y después se giró y cogió a Sybil de la muñeca—. ¡Tu padre está muerto, muchacha! No pretendo hacerte daño al decirte esto, pero los ludditas están acabados, son cenizas frías. Oh, sí, marchamos y gritamos exigiendo derechos laborales y tal y cual. ¡Bonitas palabras, chica! Pero mientras nosotros escribíamos panfletos, lord Charles Babbage delineaba planos. Y con sus planos se construyó este mundo.

Mick negó con la cabeza.

—Los Byron, los Babbage, los radicales industriales... ¡son los dueños de la Gran Bretaña! Son nuestros dueños, muchacha. El mundo entero está a sus pies: en Europa, en América, en todas partes. La Cámara de los Lores está atestada de radicales. La reina Victoria no mueve ni un dedo sin un asentimiento de los sabios

y los capitalistas. —La señaló—. Ya no tiene sentido seguir combatiendo eso, ¿y sabes por qué? Porque los radicales juegan limpio, o al menos con la limpieza suficiente como para resultar soportable. ¡Y si eres listo te puedes convertir en uno de ellos! No es posible convencer a hombres inteligentes para que combatan un sistema tal, porque a ellos se les antoja razonable.

Mick se dio unos golpes en el pecho con el pulgar.

—Pero eso no significa que tú y yo estemos a la intemperie, solos. Solo significa que tenemos que pensar más rápido, estar con los ojos bien abiertos y los oídos atentos.

Mick adoptó la postura de un luchador: los codos doblados, los puños altos, los nudillos delante del rostro. Entonces se echó el pelo hacia atrás y le sonrió.

—Me parece muy bien por ti —protestó Sybil—. Puedes hacer lo que te plazca. Fuiste uno de los seguidores de mi padre. Bueno, había muchos, y algunos están ahora en el Parlamento. Pero cuando una mujer cae en desgracia, es la ruina, ¿no lo ves? Una ruina de la que no es posible escapar.

Mick se enderezó y frunció el ceño.

—Eso es exactamente lo que quiero decir. ¡Ahora estás con el equipo de avanzadilla, pero sigues pensando como una prostituta! ¡En París nadie sabe quién eres! ¡Aquí los polis y sus jefes tienen tu número, cierto! Pero los números son solo eso, y tu ficha no es más que un sencillo montón de tarjetas. Y en estas siempre se puede cambiar un número. —Sonrió y disfrutó de la sorpresa de ella—. Aquí en Londres no resulta nada sencillo, te lo concedo. ¡Pero las cosas son distintas en el París de Louis Napoleón! En la veloz *Pagui* los asuntos corren como el viento, especialmente para una aventurera de lengua zalamera y hermosos tobillos.

Sybil se mordió el nudillo. De repente le quemaban los ojos por el humo acre de la luz de calcio... y por el miedo. Un nuevo número en las máquinas del Gobierno. Eso significaría una nueva vida, una vida sin pasado. La idea inesperada de tal libertad la aterrorizaba. No tanto por lo que significaba en sí misma, aunque ya se trataba de un concepto lo bastante ajeno y deslumbrante, sino por lo que Mick Radley pudiera demandar en justicia a cambio de algo así.

—¿Es cierto? ¿Podrías cambiar mi número?

—En París puedo comprarte uno nuevo. Puedo hacerte pasar por francesa, o por argentina, o por una refugiada americana. —Cruzó los elegantes brazos—. No te prometo nada, eso sí. Tendrás que ganártelo.

—No me estarás engañando, ¿no, Mick? —dijo ella lentamente—. Porque... porque podría ser verdadera y especialmente dulce con un tipo que me hiciera un servicio de tal calibre.

Mick metió las manos en los bolsillos y se balanceó sobre los talones mientras la observaba.

—Podrías serlo ahora —dijo él en voz baja.

Sybil era capaz de ver que sus trémulas palabras habían atizado algo en el interior de Mick. Un fuego ansioso, lujurioso, algo de lo que ella era débilmente consciente, una necesidad por... clavar más profundamente sus anzuelos en ella.

—Podría, si me trataras de forma justa e igualitaria, como tu aprendiz de aventurera, y no como una meretriz cebollina a la que engañar y tirar a la basura. —Sybil presintió la llegada de las lágrimas, esta vez más fuertes. Parpadeó y levantó la cabeza con arrojo para dejarlas manar, pensando quizá que valdrían de algo—. No serías capaz de despertar mis esperanzas para luego frustrarlas, ¿no? ¡Eso sería rastrero y cruel! Si hicieras eso, yo... ¡saltaría del puente de la Torre!

Él la miró a los ojos.

—Déjate de lloriqueos, muchacha, y escúchame con atención. Entiende esto: no eres simplemente la hermosa joyita de Mick. Eso me gustaría tanto como a cualquier otro, pero lo puedo conseguir en cualquier parte. Solo para eso no te necesito a ti. Lo que necesito es la habilidad lisonjera y el audaz arrojo del señor Walter Gerard. Vas a ser mi aprendiz, Sybil, y yo tu maestro, y así van a ser las cosas entre nosotros. Tú serás leal, obediente y sincera conmigo, sin subterfugios ni impertinencias, y a cambio yo te enseñaré tu oficio y te mantendré bien. Seré contigo tan amable y generoso como leal y sincera seas tú. ¿Me he explicado con claridad?

—Sí, Mick.

—¿Tenemos un trato, pues?

—Sí, Mick. —Le sonrió.

—Muy bien. Entonces arrodíllate, aquí mismo, y junta las manos, así... —él unió sus manos en oración—, y realiza este juramento: que tú, Sybil Gerard, juras por los santos y los ángeles, por los poderes, los dominios y los tronos, por los serafines y querubines, por el ojo que todo lo ve, que obedecerás a Mick Radley y que lo servirás fielmente con la ayuda de Dios. ¿Lo juras?

Ella se quedó mirándolo con desmayo.

—¿Es realmente necesario?

—Sí.

—¿Pero no es un grave pecado realizar un juramento así, a un hombre que...? Quiero decir... Esto no es un matrimonio sagrado...

—Eso es un voto matrimonial —dijo él con impaciencia—. ¡Esto es un voto de aprendizaje!

Sybil no veía otra alternativa. Se acomodó las faldas y se arrodilló ante él sobre la piedra fría.

—¿Lo juras?

—Lo juro, con la ayuda de Dios.

—No pongas esa cara —dijo él mientras la ayudaba a incorporarse—, este juramento es muy leve y femenino comparado con otros. Piensa en él cuando albergues dudas y pensamientos desleales. Ten, toma esto —le entregó el cirio mortecino— y busca a ese encargado alcohólico. Dile que quiero que encienda las calderas.

Aquella noche cenaron en el Argyll Rooms, un lugar turístico de Haymarket cercano a la academia de baile Laurent. El Argyll disponía de comedores privados en los que los indiscretos podían pasar la noche entera.

Sybil se sentía desconcertada por la elección de una sala privada. Desde luego, a Mick no le avergonzaba que lo vieran con ella en público. Sin embargo, a mitad del cordero el camarero dejó pasar a un caballero bajo y grueso con el pelo rojizo aceitado y una cadena de oro alrededor de un tenso fajín de terciopelo. Era rechoncho y afelpado como el muñeco de un crío.

—Hola, Corny —dijo Mick sin preocuparse por dejar el cuchillo y el tenedor.

—Buenas noches, Mick —respondió el hombre con el acento curiosamente imposible de ubicar de un actor, o de un provinciano que lleva mucho tiempo al servicio de la aristocracia urbana—. Me han dicho que me necesitabas.

—Y te han dicho bien, Corny. —Mick no se ofreció a presentarle a Sybil ni le pidió que se sentara. Ella comenzó a sentirse muy incómoda—. Es un papel muy breve, de modo que no tendrás problema en recordar tus frases. —Mick extrajo un sobre liso del abrigo y se lo entregó al hombre—. Tus líneas, tu señal de entrada y tu anticipo. El Garrick, sábado por la noche.

El hombre sonrió sin humor mientras aceptaba el sobre.

—Hace bastante que no me trabajo el Garrick, Mick. —Guiñó un ojo a Sybil y se marchó sin mayores formalidades.

—¿Quién era ese? —preguntó Sybil. Mick había vuelto a concentrarse en su cordero y estaba sirviéndose salsa de menta de un cuenco.

—Un actor de pequeños papeles. Se enfrentará a ti en el Garrick, durante el discurso de Houston.

Sybil estaba atónita.

—¿Actor? ¿Enfrentarse?

—Eres una aprendiz de aventurera, no lo olvides. Debes estar lista para interpretar muchos papeles distintos, Sybil. A un discurso político nunca le viene mal un poco de dulce.

—¿Dulce?

—No te preocupes. —Mick pareció perder interés en el cordero e hizo a un lado el plato—. Mañana habrá tiempo de sobra para ensayar. Ahora quiero enseñarte algo.

Se levantó de la mesa, se dirigió hacia la puerta y echó el cerrojo. Cuando regresó, levantó la bolsa de lienzo impermeable que había depositado en la alfombra, junto a su silla, y la colocó ante ella sobre el mantel de lino del Argyll, limpio pero muy remendado.

Sybil sentía curiosidad por aquella bolsa. No curiosidad por que Mick la llevara con él desde el foso del Garrick, primero a las imprentas para examinar los panfletos de la conferencia de Houston, después al Argyll Rooms, sino por la baja calidad del material, totalmente ajena a todo aquello de lo que él obviamente se enorgullecía. ¿Por qué querría el dandi Mick llevar una bolsa de aquel tipo, cuando podía permitirse un elegante modelo de Aaron's, con cierres de níquel y seda, y un patrón ajedrezado de Ada? Sabía que la bolsa negra ya no contenía las tarjetas quino de la conferencia, porque él las había envuelto cuidadosamente en hojas del *The Times* y las había vuelto a esconder detrás del espejo de escena.

Mick accionó los lastimosos cierres de hojalata, abrió la bolsa y extrajo una caja larga y estrecha de palisandro barnizado, con las esquinas protegidas por piezas de bronce reluciente. Sybil se preguntó si no contendría un telescopio, pues había visto cajas de esa clase en el escaparate de una empresa de Oxford Street que fabricaba aquella clase de instrumentos. Mick la manejó con una precaución que casi resultaba cómica, como si a un papista se le hubiera pedido que trasladara las cenizas de un pontífice muerto. Atrapada en un repentino acceso de nervios infantiles, se olvidó del hombre llamado Corny y de la preocupante noticia de que se iba a enfrentar a él en el Garrick. Un aire de mago parecía rodear a Mick mientras depositaba la resplandeciente caja de palisandro sobre el mantel. Ella casi esperó que se remangara. Nada por aquí, nada por allá...

Los pulgares de él giraron unos diminutos cierres de bronce alojados en pequeñas cavidades. Se detuvo para acentuar la atmósfera melodramática.

Sybil se dio cuenta de que contenía el aliento. ¿Le había traído un regalo? ¿Alguna muestra de su nueva posición? ¿Algo que secretamente la marcara como su aprendiz de aventurera?

Mick levantó la tapa de madera con sus bordes afilados de bronce.

La caja estaba llena de naipes, llena hasta arriba. No sabría decir cuántas barajas había allí. Se le cayó el alma a los pies.

—Nunca antes has visto nada como esto —le dijo él—. Te lo aseguro.

Mick cogió la carta más cercana a su mano derecha y se la enseñó. No, no se trataba de un naipe normal, aunque su tamaño era similar. Estaba compuesto por una extraña sustancia lechosa que no parecía ni papel ni cristal, muy delgada y brillante. Mick la dobló ligeramente entre el pulgar y el corazón. Cedía con facilidad, pero en cuanto la soltaba recuperaba su forma.

Estaba perforada por al menos tres docenas de hileras muy prietas de agujeros circulares, orificios no mayores que un buen aljófara. Tres de las esquinas eran ligeramente redondeadas, mientras que la cuarta estaba cortada en bisel. Cerca de esta esquina, alguien había escrito «nº 1» con una débil tinta malva.

—Celulosa alcanforada —declaró Mick—. La misma carne del diablo si toca el fuego, aunque ninguna otra cosa serviría para las funciones más delicadas del Napoleón.

¿*Napoleón*? Sybil se encontraba perdida.

—¿Es alguna clase de tarjeta quino, Mick?

Él la miró deleitado. Parecía que había dicho lo correcto.

—¿Has oído hablar alguna vez del *ordinateur* Gran Napoleón, la máquina más poderosa de la Academia Francesa? A su lado, las de la policía londinense son meros juguetes.

Sybil pretendió estudiar el contenido de la caja, sabiendo que agradaría a Mick. Pero no era más que una caja de madera, de muy buena factura, forrada con el mismo paño verde que se empleaba en las mesas de billar. Contenía una gran cantidad de aquellas elegantes tarjetas lechosas, quizá varios centenares de ellas.

—Cuéntame de qué va esto, Mick.

Él rió, aparentemente de buen humor, y se inclinó de repente para besarla en la boca.

—A su debido tiempo, a su debido tiempo. —Se enderezó, volvió a meter la carta en la caja, cerró la tapa y echó los cierres de bronce—. Toda fraternidad tiene sus misterios. El dandi Mick cree que nadie sabe lo que sucedería en caso de ejecutar esta colección. Demostraría un asunto concreto, probaría una cierta serie anidada de hipótesis matemáticas... Asuntos bastante arcanos, todos ellos. Y por cierto, eso haría que el nombre de Michael Radley resplandeciera como los mismos cielos en la confraternidad chasqueadora. —Le guiñó un ojo—. Los chasqueadores franceses tienen sus propias hermandades, ¿sabes? *Les Fils de Vaucanson*, se hacen llamar. La sociedad Jacquardiana. Vamos a enseñar una o dos cosas a esos devoradores de cebollas.

Ahora a Sybil le pareció que estaba bebido, aunque sabía que solo había tomado dos botellines de cerveza. No, estaba embriagado por las tarjetas de la caja, fueran lo que fuesen.

—Esta caja y sus contenidos son extraordinariamente valiosos, Sybil. —Se volvió a sentar y rebuscó dentro de la desastrada bolsa negra. Extrajo una hoja plegada de un fuerte papel marrón, unas tijeras de escritorio y un rollo de guita verde y recia. Mientras hablaba iba desdoblado el papel, y con él envolvía la caja—. Muy valiosos. Viajar con el general expone a un hombre a ciertos peligros. Nos vamos a París después de la conferencia, pero mañana por la mañana tú llevarás esto a la oficina de correos de Great Portland Street. —Cuando terminó con el envoltorio, empezó a rodear el paquete con el cordel—. Córtaame esto. —Ella obedeció—. Ahora pon aquí el dedo. —Ejecutó un nudo perfecto—. Vas a enviar nuestro paquete a París. *Poste restante*. ¿Sabes lo que significa?

—Significa que guardan el paquete para el destinatario.

Mick asintió y cogió con una mano un trozo de lacre escarlata y con la otra su cerilla de repetición. Encendió a la primera.

—Sí, estará en París esperándonos, totalmente a salvo.

El lacre se oscureció y se fundió ante la llama oleosa. Las gotas escarlatas cayeron sobre el nudo verde y el papel pardo. Después devolvió las tijeras y la guita a la bolsa de viaje, se guardó el lacre y la cerilla en el bolsillo, sacó su pluma estilográfica y comenzó a escribir la dirección en el paquete.

—¿Pero qué es, Mick? ¿Cómo puedes saber su valor si no tienes ni idea de lo que hace?

—Yo no he dicho eso, ¿no? Tengo mis ideas, ¿no? El dandi Mick siempre tiene sus ideas. Tuve las suficientes para llevarme las originales conmigo a Manchester, como parte de los asuntos del general. Tuve las suficientes para sacarles a los chasqueadores más astutos sus más recientes técnicas de comprensión, ¡y capital suficiente del general para verter los resultados en celulosa de calibre Napoleón!

Por lo que a Sybil respectaba, igual podría hablarle en griego.